**Luna roja, apuntes sobre el oficio de foguista en las tribus canoeras de Tierra del Fuego (fragmento)**

Leopoldo Brizuela (de *Los que llegamos más lejos*, 2012)

*Si el fuego es salvaje, también nosotros lo somos.*

*El fuego convierte al adorador del fuego en su semejante.*

*Marina Tsvietaieva*

Los onas, gente de las montañas de Tierra del Fuego, son cazadores y guerreros. Los yaganes, gente de las playas, son navegantes y pescadores.

Cada amanecer, desde las cumbres más altas, los onas ven poblarse los canales de una infinidad de canoas colmadas con los frutos de la pesca nocturna. A proa de cada canoa hay un remero, a popa otro, y ambos reman con la recia mansedumbre del deber cumplido.

En medio de los dos, apenas se distingue la silueta del foguista. Encorvado, sopla y apantalla la última brasa en su brasero de piedra.

Los yaganes nunca hacían fuego nuevo. Desde tan atrás como podía ir su memoria, mantenían encendida una hoguera única. Cada fogón en la costa, cada brasa en las canoas, era una nueva encarnación de aquel fuego original. Todo foguista heredaba su hoguera tan viva como recién encendida, la conservaba, la repartía si era necesario. Pero nunca (ni aun cuando los rayos convertían el bosque en un reguero de llamas, ni aun cuando los enemigos hacían llover sobre sus chozas un chaparrón de flechas encendidas, ni aun cuando los curas les mostraban, con aire de displicente suficiencia, una caja de fósforos…), nunca la dejaban morir.

En lengua yagana, “foguista” se dice “guardador de la luna del mar”. No es la luna del cielo, ama de sangres y mareas. Es esa diminuta luna roja que, al cabo de las tormentas nocturnas, por fin se ve subir y bajar a lo lejos, señalando la canoa que trae de vuelta a los sobrevivientes.

Hipótesis sobre la utilidad del fuego que los yaganes llevaban en sus canoas, propuestas por el misionero salesiano don Bartolomé Anchieta:

El fuego era imprescindible para resistir el rigor de la navegación al socaire de aquel viento polar.

Llevar consigo un fuego daba tranquilidad a aquellos canoeros siempre temerosos de perderse, o naufragar en una isla desierta, o encontrar, a su regreso, que lluvias o enemigos habían extinguido la gran hoguera de la costa.

El fuego era la imagen de la divinidad. Más aún: era la misma divinidad que acompañaba mar adentro a los pescadores. Considerado el cuarto tripulante, el fuego era venerado como uno de esos jefes ancianos que, aunque incapaces de empuñar una espada o disparar una flecha, hacen retroceder al enemigo (en este caso el mar, el viento, las terribles tempestades) con su sola presencia.

Llevar un fuego en la canoa, era una costumbre tan antigua como su misma idea de Dios. Los yaganes, precisa el padre Anchieta, estaban tan habituados a ver en sus canoas, como el mar bajo la quilla y el cielo allá arriba, y la costa a popa y a proa el horizonte del Atlántico; y fuera por miedo o por molicie, nunca se preguntaban el porqué de aquellas cosas.

Los yaganes atendían a todas estas razones considerándolas, como nosotros, plausibles y convincentes, aunque sólo parcialmente satisfactorias. Pues acaso la razón última de la presencia del fuego en las canoas corresponda a una lógica que ya hemos olvidado y que, sea como sea, nada tiene que ver con el principio de utilidad de todas nuestras cosas.

*No vi a babor el barco de los blancos, ni la costa a lo lejos. Ni arriba las bandadas, ni abajo los cardúmenes.*

*Mi padre fue un golpe de remos en la proa y aquel grito de júbilo,* ¡halalí…!, ¡halalí…!, *en las noches de pesca. Mi madre fue un chasquido de red a mis espaldas.*

*¿El horizonte, el cielo? Estos ojos escaldados, ya no ven a lo lejos.*

*Pero vi tantas formas en esta llama exigua. Y sé leer en el humo la historia de lo que arde… ¡Tendría tantos nombres para esa palabra,* humo, *como cosas del mundo he echado en estas brasas…!*

*Y sé que si pudiera oler a las almas en ese último instante, cuando se alejan silenciosas de la brasa del cuerpo, podría decir de qué elemento su alma fue la hermana, qué fuego de pasión los consumió, y en qué aroma del mundo pervive su memoria.*

*Ah, vida mía, leña quemada en la pasión de quemar.*

El fuego se llevaba en el centro mismo de la canoa, en un brasero de piedra. La roca con la que se hacía dicho cuento se llamaba *wulaillu[[1]](#footnote-1)* y sólo podía encontrarse en una isleta deshabitada del inmenso archipiélago fueguino cuya secreta ubicación se revelaba al aprendiz en una *ceremonia iniciática*, realizada durante los funerales del maestro foguista y, usualmente, en lo peor del invierno.

Los ancianos de la tribu quedaban en custodia del fuego del difunto, y el joven aprendiz, solo en su canoa, se adentraba en el laberinto de islas y canales con un nerviosismo comprensible: siendo los yaganes verdaderos anfibios, él no peligraba tanto por la ferocidad de aquellas aguas como por lo intrincado del trayecto que, de llevarle más tiempo que el requerido, lo mataría por congelamiento. Por lo demás, al cansancio de remar se sumaba luego el de arrancar la piedra de la veta, esa extraña vena gris que, consumida ya por generaciones y generaciones de foguistas, apenas sí era visible al fondo de una cueva minada de bestias y alimañas. Arrancado el bloque que lo acompañaría de por vida, el joven debía beber una infusión narcótica que, en dosis exacta, lo ayudaba a dormirse hasta el siguiente amanecer. Durante esa noche con la piedra por almohada y veinte lobos husmeándole los párpados inquietos, tenía una visión que le permitía ponerse el nombre nuevo por el que la tribu lo distinguiría de su estirpe sagrada.

Si todo iba bien, el joven divisaba la playa al mediodía, justo cuando el cadáver del viejo foguista, rodeado de plañideras, era colocado en lo alto de la pira. El joven desembarcaba en medio del humo, mostraba a los dolientes su trozo de *wulaillu*, revelaba al hechicero de la tribu su nombre nuevo, y éste, después de gritarlo cuatro veces, una hacia cada punto del cielo, vertía el fuego del difunto sobre esa piedra nueva que sólo con los años adquiriría su típica oquedad. Por eso, acota el pastor Whirling, los primeros años del foguista eran siempre tan duros: el fuego tendía a resbalarse o volcar a cada bandazo de la canoa y a menudo el foguista debería atajarlo con sus propias manos o sus piernas y, si la tempestad lo obligaba a tomar los remos, hasta recogerla con los dientes. También por eso se decía que todo foguista llevaba la historia de sus días tatuada en la carne, cifrada en sus cenizas.

Terminada la ceremonia de consagración del aprendiz, se culminaba también con los funerales del viejo maestro. Interpretando una extraña danza del fuego, las mujeres colocaban sus cenizas en el brasero vacío, brasero que otra vez se instalaba en el centro de la canoa, canoa que cuatro nadadores arrastraban más allá de la rompiente y dejaban luego a la deriva. El brujo cantaba en la costa, y la comunidad entera miraba perderse al muerto hacia la Isla Invisible, donde los muertos leerían en las cenizas del viejo las noticias de nuestro paso por el mundo, el agrio y fiel tributo de nuestras aventuras.

En los buenos días de invierno, peces y más peces caen sobre el foguista igual que la hojarasca del árbol de Dios, y ríen los remeros, y cantan las mujeres al compás del coleteo de los que peces que agonizan, y allá en la costa se alzan de pronto grandes fuegos anunciando la noche de la celebración, pero el foguista, grave, no los mira: reclinado sobre el fuego más exiguo que nunca, con la misma expresión de alarma del cardumen que debajo de la quilla ve de pronto las redes, ruega que su fuego dure aún más que aquella felicidad insana, que la voracidad no demore el viaje más de lo necesario. Y así, dulce es su imagen a ojos del vencido, el pescado que inmóvil inhala por sus branquias el veneno del aire; dulce es comprender que no hay mal en el hambre del hombre, sólo la necesidad de conservar un fuego en la sutura lábil del agua y del viento, sin saber desde dónde y para qué y sin imaginar su victoria verdadera.

Llegados a la costa, los remeros descansan, se unen alegremente a la rueda que celebra en torno del fogón: así se repara la soledad de los viajes, se legan y se escuchan las historias, se consigue mujer. Sólo el foguista está ausente de la fiesta, recorriendo las playas, los médanos, los bosques, rebuscando la leña que mañana habrá de usar.

Ya se cuecen los pescados en altos espetones. Los ancianos cantan honrando las proezas de los héroes, hombres y mujeres aguardan acariciando a los perros, los niños miran aterrados la humeante comida como si de un momento a otro debieran comérselo a Dios, y parece que ya nadie se acuerda del foguista y que nadie lo añora.

Pero sólo cuando él vuelve al alba es obvio que *estaban esperándolo,* que su llegada es más que un fin, una culminación. Como si su sola y distraída presencia fuera una orden, todos se levantan y se marchan a dormir. Y en el breve sueño que los separa de una nueva zarpada, su bolsa repleta de leña es forma de su alta esperanza, el don extraño por el que rogaron, sin saberlo, en cada momento de aquella celebración.

1. *Walaillu,* de “wu”, piedra, y “haillu”, padres. Apunta Marina Isaieva que no debe traducirse, como lo hace erróneamente el padre Anchieta, “piedra de los padres”, sino “piedras padres”, en el sentido de “pareja de progenitores”, una especie de fuerza andrógina capaz de regenerarse continuamente. Por lo demás, ha de recordarse que en yagán las palabras carecen de género, de modo que la idea de piedra, como cualquier otra idea ya es, de por sí, *neutra* y, en cierta forma, andrógina. [↑](#footnote-ref-1)